

IX

Cambiar el corazón (Primera parte)

Desde nuestra vida

¿Podemos cambiar?

Parábola del águila

Érase una vez un hombre, que mientras caminaba por el bosque, encontró un aguilucho. Se lo llevó a su casa y lo puso en un corral, donde pronto aprendió a comer la misma comida que los pollos y a conducirse como estos. Un día un naturalista que pasaba por allí le preguntó al propietario por qué razón un águila, el rey de todas las aves y los pájaros, tenía que permanecer encerrada en el corral con los pollos.

–Como le he dado la misma comida que a los pollos y le he enseñado a ser pollo, nunca ha aprendido a volar –respondió el propietario–. Se conduce como los pollos, y por tanto, ya no es un águila.

–Sin embargo –insistió el naturalista– tiene corazón de águila y, con toda seguridad, se le puede enseñar a volar.

Después de discutir un poco más, los dos hombres convinieron en averiguar si era posible que el águila volara. El naturalista la tomó en sus brazos suavemente y le dijo:

–Tú perteneces al cielo, no a la tierra. Abre las alas y vuela.

El águila, sin embargo, estaba confusa; no sabía qué era y, al ver a los pollos comiendo, saltó y se reunió con ellos de nuevo.

Sin desanimarse, al día siguiente, el naturalista llevó al águila al tejado de la casa y le animó diciéndole:

–Eres un águila. Abre las alas y vuela.

Pero el águila tenía miedo de su yo y del mundo desconocido y saltó una vez más en busca de la comida de los pollos.

El naturalista se levantó temprano al tercer día, sacó al águila del corral y la llevó a una montaña. Una vez allí, alzó al rey de las aves y le animó diciendo:



–Eres un águila. Eres un águila y perteneces tanto al cielo como a la tierra. Ahora, abre las alas y vuela.

El águila miró alrededor, hacia el corral, y arriba, hacia el cielo. Pero siguió sin volar. Entonces, el naturalista la levantó directamente hacia el sol; el águila empezó a temblar, a abrir lentamente las alas y finalmente, con un grito triunfante, se voló alejándose en el cielo.

Es posible que el águila recuerde todavía a los pollos con nostalgia; hasta es posible que, de cuando en cuando, vuelva a visitar el corral. Que nadie sepa, el águila nunca ha vuelto a vivir vida de pollo. Sin embargo, fue un águila, pese a que fue mantenida y domesticada como un pollo.

Nos dejamos iluminar por la Palabra de Dios

¿Qué es la conversión?

→ Leemos Lc 19,1-10: La conversión de un hombre que se encontró con Jesús

- Jesús, al inicio de su predicación dice: “Conviértanse y crean” (Mc 1,15). “Conviértanse y háganse bautizar” (Hch 2,38). No basta con creer y bautizarse, hay también que convertirse.
- Conversión no es solo dejar lo malo, sino fundamentalmente dejarnos encontrar por Jesús, como Zaqueo.
- Hay cosas en nuestra vida que necesitan convertirse.
- “Conversión” es cambio de corazón, girar hacia Dios. Un cambio de mentalidad, que muchas veces es doloroso porque significa renunciar a lo que estoy acostumbrado, pero es la única manera de dejar que Jesús entre en mi corazón.
- La conversión debe ser de todo lo que me separa de Dios.
- En el fondo de todo pecado hay algo que pongo en lugar de Dios: situaciones, cosas, poner mi “yo” como centro desplazándolo a Dios.
- Tengo que ser humilde, porque si digo que no tengo pecados, entonces significa que tampoco tengo nada de qué convertirme.
- Para llegar a la conversión debemos sentirnos pecadores. Retomemos el concepto de lo que es el pecado:
- El pecado es decir **no** a Dios, **no** al proyecto de Dios, **no** a su amor.
- El pecado está en querer realizarse a sí mismo al margen de Dios. Ser artífice absoluto de mi propio destino.



La conversión es obra de Dios

- La conversión es una gracia de Dios, es un regalo, un don que Dios nos hace.
- Esto dice el libro de las Lamentaciones: **“Vuélvnos hacia ti, Señor, y volveremos.”** (Lam 5,21).
- Lo que tengo que hacer es no poner obstáculos a esta obra que Dios quiere hacer en mi corazón. Es Él quien quiere cambiar mi corazón de piedra por uno de carne, como lo dice el profeta Ezequiel: “Yo les daré otro corazón y pondré dentro de ellos un espíritu nuevo: arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, a fin de que sigan mis preceptos y observen mis leyes, poniéndolas en práctica. Así sellos serán mi Pueblo y Yo seré su Dios.” (Ez 11,19-20).

La conversión fundamental

- Hay dos conversiones: la conversión fundamental y la conversión segunda o diaria.

Debo examinar si estoy viviendo el primero y más importante de los mandamientos que es: “Amar a Dios sobre todas las cosas”, o dicho de manera bíblica: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5).

- Si lo amo sobre todas las cosas, Él debe ser el centro y el eje de toda mi vida.
- Y esta es la conversión fundamental, la que está como fundamento y base de todo.
- Esta conversión es la que me hace poner a Dios como eje de mi vida, buscando la salvación solamente en Él.
- Debo entrar en el planteo de repensar que es lo primero de mi vida.
- Para pensar en mi conversión ante todo debo dejar de decir: “Si yo no le hago mal a nadie”, sino que debo preguntarme: “¿cuál es el eje de mi vida?”
- El pecado es poner a una criatura en lugar de Dios. Hay ejes en mi vida que son muy buenos, pero que pueden terminar sustituyendo a Dios. Por ejemplo: mi familia. Lo mismo podemos decir del trabajo, del estudio y de otras cosas que de por sí son buena, pero dejan de serlo cuando ocupan el lugar que solamente le corresponde a Dios.
- Peor aun si las cosas no son buenas: el materialismo, el sexo, el alcohol, la droga, el poder (un cargo, un puesto). Si algunas de estas cosas son el eje de mi vida y son para mí como un ídolo, debo convertirme, debo cambiar de camino, debo cambiar de mentalidad.
- Otras veces el gran ídolo al que adoro y rindo culto soy yo mismo. Y eso se verifica en mi vanidad, en mi soberbia, en mi autosuficiencia... No necesito de nadie, digo: “a mí nadie me regaló nada”, quiero que los demás me miren y me aplaudan.



Debo examinar si realmente creo en Dios, o mejor dicho, si le creo a Dios, si creo en su palabra.

- ¿Creo que viviendo las bienaventuranzas seré “feliz”?
- ¿Creo que el Reino de Dios es el tesoro?
- ¿Creo que seré feliz si lavo los pies a mis hermanos?
- ¿Creo que, si pierdo mi vida, la salvaré?
- En definitiva: ¿Creo que es viviendo la voluntad de mi Padre y el proyecto de mi Padre seré verdaderamente feliz? ¿No será que yo también digo: “dame mi herencia” porque creo más en mis proyectos que en los tuyos?
- Muchos de nuestros pecados son fruto de no creerle al Señor, de no creer que cumpliendo la voluntad de Dios seremos felices, creer que la felicidad la voy a conseguir haciendo lo que a mí me parece.

La conversión fundamental es que toda tu vida tenga a Dios como centro y eje.

La conversión fundamental es creerle a Dios, creer en su proyecto.

Las otras conversiones

- Después vienen las otras conversiones. Me debo convertir de todo aquello que no es voluntad de Dios.
- Si me he puesto en el camino del Señor creo que el Reino de Dios ya está presente y que nosotros debemos anunciar este Reino en el mundo; por lo tanto debo convertirme a los valores del Reino, o mejor dicho, dejar que los valores del Reino me conviertan. Esta es la exigencia inicial de Jesús: **“El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia”** (Mc 1,15).
- Debo cambiar de los criterios del mundo a los valores del Reino de Dios. Convertirme de las cuatro “p”: **poseer, poder, placer, parecer.**
 - Del “poseer”: criterio del mundo, al “compartir”: valor del Reino.
 - Del “poder”: criterio del mundo, al “servir”: valor del Reino.
 - Del “placer”: criterio del mundo, a la “austeridad”: valor del Reino.
 - Del “parecer” (o aparentar, fama): criterio del mundo, a la “humildad”: valor del Reino.
 - Conversión es hacer presente en mi vida el Reino de Dios.
- Debo convertirme de los **pecados sociales**, es decir, de aquellos que provocan consecuencias sociales injustas, o “estructuras de pecado”.
- Son pecados sociales: la discriminación racial, la situación de hambre de gran parte de la humanidad, la explotación de los pueblos subdesarrollados y de grupos marginados por parte del sistema económico vigente e impuesto por la sociedad que se da el nombre de “desarrollada”; el ataque a nuestra casa común, que es el Planeta Tierra, destruyendo la naturaleza.
- El Documento de Aparecida nos dice: “Convertirse al Evangelio, para el pueblo cristiano que vive en América, significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común” (DA 391).



- Ante las situaciones de injusticias que conozco el “no te metás”, muchas veces es un pecado de omisión.
 - Si me he puesto en el camino del Señor debo convertirme de mi **individualismo**, de querer “salvar mi vida”, y pasar al compromiso de “perder la vida” entregándola a los hermanos.
 - Nos dice el Documento de Medellín: “Una sincera conversión ha de cambiar la mentalidad individualista en otra de sentido social y preocupación por el bien común” (DM XIV, 17).
- Si me he puesto en el camino del Señor implica que, con su gracia, podré convertirme de los **pecados capitales**: soberbia, gula, lujuria, avaricia, pereza, envidia, ira.
 - Si me he puesto en el camino del Señor debo convertirme de mi **egoísmo**, de mi carácter podrido, de mis críticas al prójimo, de mis injusticias.
 - Si me he puesto en el camino del Señor **debo convertirme de cualquier tipo de contacto con Satanás**. El mandamiento más grande que dejó Jesús es el del amor, entonces yo no debo procurar hacer algún daño o algún mal a alguien.
 - Si me he puesto en el camino del Señor debo renunciar y convertirme de aquellas otras cosas que son, también, una **incoherencia con la vida cristiana**, como son las supersticiones, las cábalas, el uso de amuletos, estar pendiente del horóscopo. Si creés en estas cosas significa que no has puesto toda tu fe en el Señor.
 - Si me he puesto en el camino del Señor debo convertirme **de todo aquello en lo que soy antitestimonio** para los demás: el alcohol, las infidelidades en el matrimonio, la violencia familiar. Debo convertirme de ser un ñoqui, de tener una pensión trucha. Debo renunciar a estas cosas que sé que es dinero mal habido.

Para nuestra vida

- Hoy Dios nos llama a la conversión en la opción fundamental. Hacerlo a él el centro de nuestra vida, amarlo sobre todas las cosas y creer verdaderamente en él.
- Pero no basta con mi conversión en la opción fundamental. En mi vida de discípulo debo procurar convertirme, también, de todo aquello que no está de acuerdo con la voluntad de Dios, aunque esta segunda conversión nos lleve toda la vida.
- No abusemos de la misericordia de Dios diciendo: “Dios es un Padre bueno que siempre me perdona”, su amor hacia mí es incondicional. Nos puede servir de ejemplo el pueblo de la Antigua Alianza que pecaba y pecada, y Dios perdonaba y perdonaba; pero esos pecados iban endureciendo el corazón del Pueblo, de tal manera que cuando llegó el Mesías esperado no lo reconocieron.
- Por eso hoy Jesús te está diciendo: “Conviértete, el Reino de Dios está cerca”.

✕ En la historieta hay un cuadro libre.

- Completo ese espacio.
- ¿Qué le contesto al Chueco?
-
-
-
-
-

PARA RECORDAR

“La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno a medida del Creador y Padre.”

Carta Encíclica Dives in misericordia 13

“La Conversión: Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida.”

Documento de Aparecida 278b

Celebramos

✕ Reflexiono:

Perdona mis pecados

Mírame, Señor, y ten piedad de mí,
 porque estoy solo y afligido,
 alivia las angustias de mi corazón
 y sácame de mis tribulaciones.
 Mira mi aflicción y mis fatigas,
 y perdona todos mis pecados.
 Mira qué numerosos son mis enemigos
 y qué violento es el odio que me tienen.
 Defiende mi vida y líbrame:
 que no me avergüence de haber confiado en Ti;
 la integridad y la rectitud me protegen,
 porque yo espero en Ti, Señor.

Salmo 25(24), 16-21



X

Cambiar el corazón (Segunda parte)

Desde nuestra vida

Perdonamos

Hay personas que dicen: “Yo perdono, pero no me olvido”.

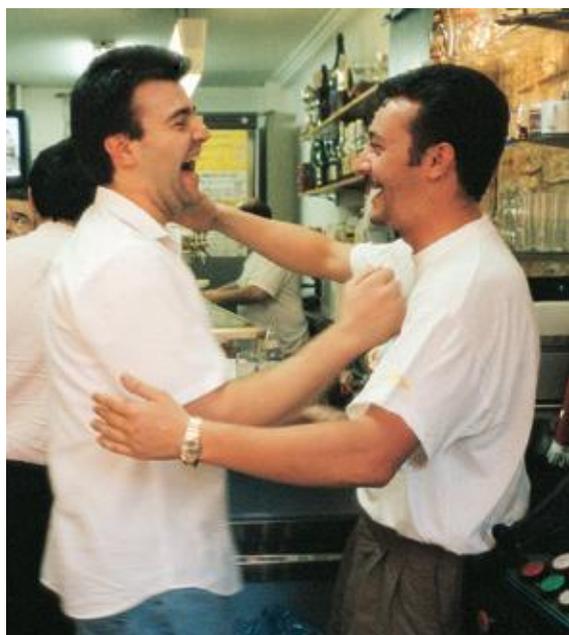
- ¿Qué opinan de esta frase? ¿Están de acuerdo?
- ¿Se puede perdonar de corazón y no olvidar?

Nos dejamos iluminar por la Palabra de Dios

Las otras conversiones (continuación)

→ Leemos el libro del profeta Isaías, Is 1,10-20: *Aprendan a hacer el bien*

- Si me he puesto en el camino del Señor debo **convertirme de mis resentimientos y perdonar de corazón.**
- Hay personas que me han perjudicado, personas que yo no esperaba que actuaran así conmigo, y dejaron herido mi corazón. Esas personas que actuaron así fueron importantes en mi vida.
- Si cuando me acuerdo de esa persona o cuando la veo, me pone mal, es que dentro de mí hay un rencor, que no logré superar ni perdonar.
- El resentimiento y el rencor pueden ser algo sutil, pero me impide mi crecimiento espiritual, no me deja volar libres a Dios. Al igual que un pájaro que está atado de un hilo que nadie ve, pero que no lo deja volar.
- Debo perdonar a esas personas primero en mí, sacar de mi corazón todo lo que me impide ser libre para volar a Dios.
- Si perdono de corazón no puede quedar nada de rencor o de revancha en mi corazón. Si decir: “yo perdono, pero no me olvido” significa “lo que me hiciste no me lo voy a olvidar”, eso quiere decir que no he perdonado.
- Cuando perdono no estoy justificando la acción del otro.



- No es el otro quien más se beneficia con mi perdón, soy yo mismo, porque perdonar me da paz interior, paz que me hace libres de la opresión que me ocasiona un sentimiento malo.
- Hay personas que no pueden crecer espiritualmente, porque no están dispuestos a perdonar, superando rencores y resentimientos.
- Si mi dolor es muy grande, y por más que ya lo intenté no podemos perdonar, entonces hay que pedirle a Jesús que sea él quien sane mi herida.
- Hoy Dios me está pidiendo que perdone, que deje de lado mis resentimientos y rencores contra aquella o aquellas personas que me han hecho algo.
- Si no procuro perdonar de corazón no puedo rezar el padrenuestro, ya que allí digo: “perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.
- Perdonar no es fácil, tal vez sea lo más difícil que nos plantea el Evangelio, pero si hoy decido cambiar de vida tengo que comenzar a pedirle al Señor que sane las heridas de mi corazón para que pueda perdonar.

Hacia una verdadera conversión: la conversión debe ser total

- No puedo decir: “de esto me convierto y de esto no”. La conversión es total o no es verdadera conversión. No puedo retornar al Padre en algunas cosas y en otras quedarme lejos. No puedo girar en algo y en algo seguir como estoy.
- Y la conversión total es un largo camino que dura toda la vida. Lo importante, de mi parte, es que quiera convertirme y que me ponga hoy mismo en marcha. Empezar hoy el camino de la conversión aunque la victoria tarde en llegar.

Para que una conversión sea auténtica debe haber:

● Reconocimiento del pecado

Examinar si mi opción fundamental y el eje de mi vida es Dios. También de mis otros pecados particulares. Para esto me puede ayudar algún Examen de conciencia.

● Arrepentimiento

El arrepentimiento es fruto del dolor del corazón por haberle dicho “no” al Dios, a su amor y a su Proyecto. Por eso rezo el “Pésame”, me pesa haber ofendido a Dios y haber tendido desamor con el prójimo.

● Renuncia explícita

Para que el amor de una pareja crezca hay que expresarlo y no darlo por supuesto. No es suficiente pensar: “ya sabe que la amo”, “ya sabe que lo amo”; hay que decir: “te amo”.

Con respecto a la conversión sucede algo similar, no basta con pensar: “Dios ya sabe que quiero cambiar”; debo decírselo expresamente: “Señor, quiero convertirme de esto, de aquello...” Debo expresar mi renuncia al pecado y mi deseo de conversión.

● La confesión de los pecados

Jesús resucitado dejó a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados: “Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes”. Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: ‘Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan’” (Jn 20,21b-23).

Y este poder tiene una doble fuente:

- La autoridad de Jesús: **“Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes”**. Los apóstoles no obran en nombre propio, sino “en la persona de Cristo”.
- Por la acción del Espíritu Santo: **“Reciban el Espíritu Santo”**. De la plenitud del Espíritu es de donde brota el poder de perdonar los pecados.

- Entonces vemos que lo de recibir el perdón de los pecados por medio de un sacerdote no es ningún invento humano; es Jesús resucitado quien quiso dejarlo así. Él dio ese poder a sus Apóstoles y los obispos son los sucesores de los Apóstoles. Y los obispos delegan esa facultad a los sacerdotes, que son sus colaboradores.
- Jesús quiso dejarle a la Iglesia el signo del perdón. Dios, para darnos su perdón, quiere hacerlo a través de la mediación humana de la Iglesia.
- Esa conversión del corazón, ese querer romper con mis pecados, mi compromiso de lucha para morir al hombre viejo, lo ratifico de manera externa y comunitaria a través de la confesión, del Sacramento de la Reconciliación.
- La confesión de mis pecados es una forma de manifestar exteriormente mi conversión interior.
- El verdadero sentido de la confesión no es el de una repetición mecánica de una lista de pecados, sino el signo exterior de mi arrepentimiento interior.
- “El que quiere obtener la reconciliación con Dios y con la Iglesia debe confesar al sacerdote todos los pecados graves que no ha confesado aún y de los que se acuerda tras examinar cuidadosamente su conciencia”. (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1493).
- Cuando, en la confesión, recibo la absolución por parte del sacerdote, tengo la seguridad de que Dios ha perdonado mis pecados.
- Ya que el pecado de uno daña el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, el Sacramento de la Reconciliación también tiene como efecto la reconciliación con los hermanos.
- La confesión es un acto de fe. Al confesarme estoy manifestando mi fe en Jesucristo, al creer que Él perdona mis pecados. Y expreso mi fe en la Iglesia, al creer que a través de ella se me da el perdón.
- Una verdadera conversión debe coronarse con una buena confesión. **Confesión sin conversión es mentira; conversión sin confesión es incompleta.**

La reparación del pecado y la penitencia

- El arrepentimiento de corazón debe llevarme a querer reparar los daños causados. Con mis pecados he hecho mal y perjudicado a otros, por tanto no basta con pedirle perdón a Dios, hay también que procurar



reparar el daño causado, como lo hizo Zaqueo: **“Y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más”** (Lc 19,8b), **“... manifestando su conversión con obras”** (Hch 26,20).

- La penitencia es signo de mi conversión interior, es expresar en alguna oración o en alguna acción mi arrepentimiento y mi deseo de conversión.

Para nuestra vida

- Si realmente creo en el amor de Dios y lo he experimentado, si me siento pecador pero sabiendo que Jesucristo llevó mis pecados a la cruz, debo pedirle al Señor que me convierta, y yo poner todo lo que está de mi parte para colaborar con mi propia conversión.
- Sin conversión no hay vida nueva, solamente será una emoción que durará poco tiempo.

Debes responderte con sinceridad estas preguntas:

- ¿Estoy dispuesto a convertirme de corazón?
- ¿Estoy dispuesto a quitar de mi vida todo lo que sé que no le agrada al Señor?
- ¿Me animo a una conversión total?

- ✘ **Hago el examen de conciencia pensando de qué cosas debo convertirme. Lo tengo en el segundo libro después del Encuentro 47 El Señor nos ofrece su perdón.**

PARA RECORDAR

“El anuncio de Jesucristo siempre llama a la conversión, que nos hace participar del triunfo del Resucitado e inicia un camino de transformación.

La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida.”

Documento de Aparecida 351, 366

Celebramos



Renuévame

Renuévame, Señor Jesús,
ya no quiero ser igual,
renuévame, Señor Jesús,
pon en mí tu corazón.
Porque todo lo que hay dentro de mí,
necesita ser cambiado, Señor.
Porque todo lo que hay
dentro de mi corazón,
necesita más de ti.



XI

Nacer de nuevo

Desde nuestra vida**🎵 Déjame nacer de nuevo**

Déjame nacer de nuevo.
 Déjame nacer de nuevo, ¡oh, Señor!
 No importa la edad que tenga,
 tú no lo tienes en cuenta.
 Déjame nacer de nuevo, ¡oh, Señor!
 Tú conoces la dureza en mi sentir
 y la terquedad que hay en mi corazón:
 son las cosas que me alejaron de ti, Señor.
 Hazme renacer en tu amor.
 Tú conoces el pecado que hay en mí
 y el dolor que este dejó en mi corazón.
 Por la muerte que he causado,
 vuelvo a ti, Señor.
 Dame vida nueva con tu amor.

**Nos dejamos iluminar por la Palabra de Dios****La vida nueva****➔ Leemos lo que dice Jesús en Jn 3,1-8: *El diálogo con Nicodemo***

- Si acepto con toda mi fe que Jesús es mi salvador y me liberó de todos mis pecados y quiero convertirme y cambiar de vida, entonces podré experimentar en mí una vida nueva.
- Esta vida nueva me viene por medio del Espíritu Santo, ya que es por su acción en mí corazón que podré creer y aceptar que Jesús es mi salvador y también es el Espíritu Santo el que me da las fuerzas para poder convertirme.
 - vida nueva es corazón nuevo, es ser una persona nueva.
 - vida nueva es experimentar dentro de mí el gozo que da Jesús.

- vida nueva es experimentar en mi vida el amor de Dios.
- vida nueva es sentirme lleno del Espíritu Santo.
- Jesús me dice que debo nacer de nuevo, nacer de lo alto.
- Nadie se da a luz a sí mismo. Así como recibo de otros la vida según la carne, así también recibo del Espíritu Santo la vida de hijo de Dios.
- Nadie duda de su propia existencia, pues algo se mueve en él; piensa, hace proyectos, goza la vida. Pero esto puede ser tan solo vida según la carne, o sea, vida del hombre que no ha despertado todavía a la acción del Espíritu. El Espíritu Santo actúa en lo profundo de nuestro ser, todo lo que vemos es lo de afuera, la apariencia y las acciones. El creyente dispuesto y dócil a la actuación del Espíritu, descubre que sus acciones y proyectos ya no son los mismos que antes, se siente a gusto con Dios y sin temor.
- Puedo comprobar que mi vida no la oriento solo, que hay Otro viviendo en mí.
- Por eso Jesús compara la acción del Espíritu Santo con el paso del viento, al que sentimos, pero no lo vemos ni lo abrazamos.
- Jesús hace alusión al Bautismo al decir que debemos renacer del agua y del Espíritu. Pero no por recibir el agua del Bautismo ya empezamos a vivir según el Espíritu; los que se bautizan de adultos ya tienen una idea de lo que es la vida según el Espíritu; si fui bautizado cuando era niño, seguramente el Bautismo actúa en mí, pero ahora debo aceptar la Palabra y desprenderme de mi orgullo para ser guiado por el Espíritu.
- Este nuevo nacimiento exige de mí una manera nueva de vivir.
- Esta vida nueva se construye. ¿Cómo? Todos los días, cada vez que elijo el bien en lugar del mal construyo la vida nueva. Esta tarea no es fácil, pero cuento con la ayuda de Dios; con Él todo es posible.



Para nuestra vida

- En cada encuentro estoy viendo lo que significa seguir a Jesús. Él dijo “Conviértanse y cambien de vida” (Mc 1,15). Y lo sigue diciendo y también me sigue regalando una vida nueva.
- Si decidimos aferrarnos a la vida según la carne que tal vez estamos llevando, lejos de querer vivir la vida según el Espíritu y ser constructores del Reino de Dios, es el momento de dejar las apariencias. Dios no nos quiere indecisos; nos quiere convencidos de querer seguirlo con todo nuestro ser.

PRECATECUMENADO

- El catecumenado propiamente dicho no ha comenzado; lo que hicimos es el Precatecumenado con el anuncio kerygmático. Antes de comenzar debemos reflexionar si queremos esa vida nueva y estamos dispuestos a vivir para siempre como discípulos de Jesús.
- Si veo que hay pecados a los que no quiero renunciar o no me animo a cambiar, es preferible dejar ahora el catecumenado y retomararlo cuando llegue el momento. Pero si decido seguir a Cristo, podré decirle “sí” al Señor.

PARA RECORDAR

“En el ejercicio de nuestra libertad, a veces rechazamos esa vida nueva (cf. Jn 5,40) o no perseveramos en el camino (cf. Hb 3, 12-14). Con el pecado, optamos por un camino de muerte. Por eso, el anuncio de Jesucristo siempre llama a la conversión, que nos hace participar del triunfo del Resucitado e inicia un camino de transformación.”

Documento de Aparecida 351

Celebramos

✕ Respondemos personalmente:

- ¿Me he encontrado con el Señor en estas reuniones, o fueron simplemente lindas reuniones donde la pasé bien y aprendí cosas nuevas?
- ¿Quiero tener la vida nueva que el Espíritu Santo quiere darme?
- Para tener esa vida nueva, ¿estoy dispuesto a convertirme de todo aquello que está contra la voluntad de Dios?
- ¿Estoy dispuesto a adherirme a Jesús y a su proyecto del Reino de Dios?

La próxima vez que nos encontremos haremos la celebración “**Le doy mi respuesta al Señor**”, donde le expresaremos al Señor nuestro deseo de convertirnos y adherirnos a él con todo nuestro ser.

Será el día a las..... hs. en

No debo faltar.